

COMBATIENDO LA ARROGANCIA EPISTEMOLÓGICA: ALGUNOS CAMINOS QUE SE PODRÍAN RECORRER*

*Giving the Lie to Epistemologic Arrogance:
Some Ways to Act*

Ciro Flamarion CARDOSO**
Universidade Federal Fluminense (Brasil)

RESUMEN: Contrariamente a lo que acostumbra a hacer el autor, este artículo no desarrolla su tema de un modo paradigmático, sino que se concentra en algunas soluciones posibles a lo que se ha llamado la crisis de la historia, en especial volcadas en la que debería ser la actitud de los historiadores profesionales con ocasión (y en función) de los debates epistemológicos: (1) denunciar las contradicciones lógicas internas siempre presentes en las opiniones teóricas hipercríticas; (2) denunciar también las posiciones arrogantes y reduccionistas; (3) exigir una refutación historiográfica de lo que se combate (en lugar de referencias meramente teóricas); (4) en fin, aclarar siempre los propios conceptos y presupuestos en los textos que den cuenta de las investigaciones. Así sería posible evitar por ejemplo que, como pasó con frecuencia en discusiones precedentes, los historiadores aceptaran pasivamente, con argumentos muy insuficientes, opiniones negativas enunciadas por filósofos o especialistas de los estudios literarios sobre su disciplina.

PALABRAS CLAVE: Epistemología de la Historia. Comprobación historiográfica. Postmodernismo.

ABSTRACT: Much against his habits, the author wrote this article without giving it an abstract leaning. The text endeavours to show some possible solutions to the so-called 'crisis of history', on the basis of what should be the stance of professional historians when

* Fecha de recepción del artículo: 2007-11-29. Comunicación de evaluación al autor: 2008-02-13. Versión definitiva: 2008-02-26. Fecha de publicación: 2008-09-01.

** Doctor en Historia. Profesor Catedrático de Historia Antigua, Universidade Federal Fluminense, Rua Vereador Teófilo Rodrigues, 22 apartamento 504, Ingá. 24210-490 NITERÓI, RJ (Brasil). C.e.: ciro@cruiser.com.br.

engaging in professional debates involving epistemological issues: (1) internal contradictions, ever present in excessively critical stances, should be exposed; (2) one should also expose arrogant, reductionist stances; (3) one should demand that those who attack a given historical production should engage in a proper historiographical refutation thereof, instead of leaning merely on theoretical assumptions and quotations; (4) each historian should make always clear and explicit the concepts and presuppositions of his/her work, when presenting the results of his/her research. These are simple points, almost self-evident but in fact rarely encountered in historical debates. They could prevent a number of situations that happened in the past, when professional historians passively accepted negative accounts of their professional ways as presented by philosophers and literary critics, even when their arguing was in fact rather weak.

KEYWORDS: Epistemology of History. Historiographical Proof. Postmodernism.

SUMARIO: 0. Introducción. 1. Sobre quienes pretenden dictaminar “la verdad” sobre los modos en que los historiadores actúan. 2. Una comprobación historiográfica efectiva. 3. Evitar y denunciar las arrogancias metodológicas. 4. Denunciar los razonamientos reduccionistas. 5. Por un planteamiento claro de los conceptos

0. INTRODUCCIÓN

La forma de este artículo se debe a las instrucciones (o *desideratum*) que me fueron enviadas por el director de esta revista en nombre del Consejo de Redacción de la misma, en lo relativo a este número monográfico especial, al señalar que el interés debería centrarse, no tanto en la “crisis de la Historia” sino: (1) en el futuro inmediato de nuestra disciplina; y (2) en las soluciones, alternativas y problemas relacionados con aquella crisis.

En el mundo occidental, desde la así llamada “revolución científica” se da un consenso bastante amplio en el sentido de apoyar el esfuerzo por dominar y controlar la naturaleza; tal consenso empezó a debilitarse (y aun así únicamente en sectores intelectuales bastante minoritarios) sólo en las últimas décadas del siglo XX. Debido a él, pudo ocurrir una separación efectiva y radical entre la práctica de las ciencias naturales, por una parte y, por otra, la teología y la filosofía. De ahí que, aun existiendo sin duda divergencias en tales ciencias, el grado de consenso y acuerdo, en su contexto, pueda llegar a ser muy considerable. En contraste, las ciencias que se ocupan del hombre, más jóvenes en su constitución como campos autónomos del saber y en su profesionalización, aunque resultaron herederas del proceso de laicización del conocimiento ya emprendido por las ciencias naturales, al desarrollarse en sociedades marcadas, sin excepción, por diferencias muy

grandes en la distribución social de la riqueza, el poder y el prestigio (*status*), y teniendo como objeto precisamente esas sociedades, *no pueden* alcanzar un consenso comparable, un grado semejante de acuerdo. En mi opinión, esto no significa que las disciplinas de lo social no puedan o no deban ser científicas y aspirar al rigor; siendo yo un realista en epistemología, tampoco es mi opinión que no existan criterios de verdad en esas disciplinas. Creo, sin embargo, que la constatación de que existen diferencias considerables y legítimas en las posiciones ante estas disciplinas debería conducir a denunciar y exponer los intentos, siempre frecuentes, de arrogancia metodológica. Y es mi convicción que esta última es un factor de peso, por la impunidad con que actúa, en lo que se acostumbra llamar la “crisis de la historia”, por acentuar lo que nos separa más de lo que es necesario, mediante controversias estériles basadas en discusiones filosóficas sin solución posible, haciendo olvidar el terreno común que también existe.

Uno de los caminos que pueden escogerse cuando se desea reforzar el terreno común mencionado es el esfuerzo para construir un nuevo paradigma historiográfico, capaz de obtener un consenso amplio¹. Otra opción, que seguimos aquí, consiste en la indicación de precauciones que, aunque no disminuirían la gran diversidad de posiciones existente en la actualidad en el seno de la historia-disciplina, permitirían denunciar la acción corrosiva de la arrogancia metodológica que mencionamos y, a la vez, evitar diálogos de sordos, un fenómeno muy común en los debates entre historiadores dotados de opiniones divergentes acerca de su profesión y de los resultados que pueda alcanzar en el conocimiento, y que manejan un *corpus* altamente polisémico de nociones y conceptos.

1. SOBRE QUIENES PRETENDEN DICTAMINAR “LA VERDAD” SOBRE LOS MODOS EN QUE LOS HISTORIADORES ACTÚAN

Aquellos que no creen en la existencia de verdades en lo que respecta a la historia-disciplina están ipso facto lógicamente impedidos de pretender dictaminar, a la vez y contradictoriamente, cuál es “la verdad” sobre los modos en que los historiadores actúan o deberían actuar: el intento de hacerlo debe ser denunciado como lo absurdo que es.

¹ En esta perspectiva paradigmática viene trabajando Carlos Barros: BARROS, C., «La historia que viene», en BARROS, C. (org.), *Historia a debate*, Santiago de Compostela, Historia a Debate, 1995, I, pp. 95-117. En el pasado reciente, yo mismo he discutido con frecuencia este asunto desde la perspectiva de los paradigmas. Ver, por último, CARDOSO, C. F., *Um historiador fala de teoria e metodologia: Ensaios*, Bauru (São Paulo), EDUSC, 2005.

Los postmodernos y otros “perspectivistas”, como todos los que adopten posiciones filosóficas escépticas, no tienen el derecho de ignorar las consecuencias necesarias y lógicamente inescapables de su doctrina cuando piensen y actúen a la luz de la misma². Así, es inadecuado que vean sus tesis preferidas sobre la relación entre historia-disciplina y pasado, o sobre la relación entre discurso e historia, por ejemplo, como algo más que opiniones que coexisten con otras que, según sus mismos principios, deberían considerar igualmente legítimas en el contexto de las respectivas “comunidades semióticas”. Es arrogante y sin fundamento filosófico alguno suponer que sus propias opiniones tengan el extraño privilegio de escapar a la inexistencia, que proclaman, de la verdad. Lo mismo cabe decir en cuanto a sus militancias predilectas –multiculturalismo, feminismo, ecologismo, etc.–, ya que coexisten con otras diferentes –por ejemplo, militancias más amplias cuya base son teorías holísticas de lo social– que tienen tanto derecho a la existencia como las que se mencionaron.

En el debate epistemológico contemporáneo en el área de las disciplinas sociales y humanas resulta frecuente que algunos autores muestren creer que la crítica de lo que llaman “cientificismo objetivista” (o alguna expresión semejante) goce de un consenso total o casi total, o contenga una fuerte carga de “verdad”. En España, en 1999, en un debate celebrado en Santiago de Compostela, oí con sorpresa (pero no mucha) decir a uno de los líderes del perspectivismo francés –integrante del así llamado “giro crítico”, distinto del “giro lingüístico” pero que mantiene con este último varios puntos de semejanza– que su posición preferida sobre la inexistencia de “la verdad” sería un “truismo”. Me parece que un perspectivista, al hablar de la existencia de “truismos”, incide en un error lógico, en una *contradictio in adjecto*. En efecto, se podría entender una afirmación de ese tipo en el sentido de que los truismos de los adversarios son malos, mientras que los truismos propios son adecuados...

En otras palabras: la deconstrucción no es autoaplicable, se aplica únicamente a los demás³. Y, de hecho, recuerdo que al leer cualquier libro de teoría y metodo-

² BLACKBURN, S., *Dicionário Oxford de Filosofia*, (Trad. por Desidério Murcho *et alii*), Río de Janeiro, Jorge Zahar, 1997, p. 306.

³ Esto parece darle la razón al historiador brasileño Francisco Falcon cuando establece un contraste entre las conclusiones radicales de teóricos postmodernos como Hayden White, Frank R. Ankersmit o Dominick LaCapra y la dificultad que sienten los historiadores profesionales, aun cuando acepten puntos más o menos numerosos de las argumentaciones “perspectivistas”, en dar el último paso que significaría tener que renunciar a cualquier “realidad” en cuanto a *su propio objeto* de investigación: FALCON, F. J. C., «História e representação», en CARDOSO C. F. y MALERBA, J. (orgs.), *Representações: Contribuição a um debate transdisciplinar*, Campinas (São Paulo), Papyrus, 2000, pp. 63-4. También Georg Iggers recordó que es una contradicción criticar,

logía histórica postmoderno, por ejemplo el de Keith Jenkins, uno de los primeros en ser redactado según creo, al informarme el autor que la historia es un discurso “problemático” producido por “trabajadores volcados mentalmente al presente” (casi siempre “historiadores asalariados”), aun cuando tal discurso pretende referirse a “un aspecto del mundo, el pasado”; que además ese discurso procede según modos que asumen posiciones reconocibles en materia de epistemología, metodología e ideología, pero también de práctica; y que sus productos, al circular, son sometidos “a una serie de usos y abusos que son lógicamente infinitos” pero, de hecho, corresponden generalmente a un abanico de bases de poder que existen en cualquier momento que se considere y “estructuran y distribuyen los significados de las historias a lo largo de un espectro que va de lo dominante a lo marginal”⁴ —o sea, al leer algo tan cargado de una condena ética de los usos de la historia (o las historias) por los poderes, según un modelo implícitamente derivado de Friedrich Nietzsche de lo que son estos poderes⁵, en un principio yo acostumbraba a pensar: “Bueno, para ser lógico con tales premisas, este autor en algún punto de su libro me va a aclarar a *qué poder* específico, o a *qué práctica* sirve o está vinculado el tipo de historia que él mismo hace o enseña a hacer”. Y, claro está, ¡esto no pasaba nunca! Como escribió con razón Lawrence Cahoon, los postmodernos tratan de mostrar, al tratar un tema cualquiera, que lo que *otros* quisieron presentar como una unidad, un concepto o existencia única e integral, es en realidad plural⁶. Diciéndolo de otra manera, el postmodernismo presenta una fuerte dosis de fariseísmo en su *modus faciendi*. Como Minnie, la heroína de Giacomo Puccini en el segundo acto de *La fanciulla del West*, que ocultó algunas

en un primer momento, la unidad de la cultura occidental para, en seguida, afirmar sin comprobación la existencia de una cultura campesina, otra musulmana, otra de Bali, etc.: IGGERS, G. G., *La ciencia histórica en el siglo XX: Las tendencias actuales*, (Trad. por Clemens Bieg), Barcelona, Labor, 1995, p. 86.

⁴ JENKINS, K., *Re-thinking history*, Londres-Nueva York, Routledge, 1991, p. 26.

⁵ Sobre este tipo de condena ética invariablemente presente en los escritos postmodernos, aunque muchas veces implícito, cf. CAHOONE, L., «Introduction», en CAHOONE, L. (org.), *From modernism to postmodernism: An anthology*, Cambridge (Mass.)-Oxford, Blackwell, 1996, pp. 15-17.

⁶ ID., *ibid.*, p. 15. En el mismo sentido, cf. JENKINS, K., *op. cit.*, p. 25: “Deconstruir las historias de otras personas es la precondition para construir la suya propia de maneras que sugieran que usted sabe lo que está haciendo y le recuerden que la historia es siempre historia para alguien”. Al creer que esto último es cierto, un postmoderno debería estar especialmente ansioso, si fuera coherente, en aplicar la deconstrucción a sus propios textos, a sus mismas construcciones; no sólo para descubrir sus presupuestos y su vinculación personal específica con algún núcleo de poder definido a la manera nietzscheana, sino también para elegir entre distintos *emplots* “literarios” que resulten posibles en la historia que hace; pero esto, ¡ni siquiera se le ocurrió a Jenkins!

cartas de baraja para ganar así un juego de *póker* y salvarle la vida a su amante, los postmodernos usan trucos, su pelea no es limpia.

Pasando a otro asunto, Sergio Sevilla, al ocuparse de las formas recientes de defensa de la cientificidad de las disciplinas sociales y humanas, entre ellas la historia, distingue lo que es para él un “argumento ingenuo” de lo que sería un “argumento sofisticado”. Este último partiría de una aceptación de las críticas postmodernas (o postestructuralistas) al realismo del objeto, mientras que el primero, al creer en tal realismo, estaría comprometido con cierto número de presupuestos metafísicos “difíciles de defender”: (1) “que exista un mundo exterior al que podemos recurrir con independencia de toda constitución lingüística”; (2) “que ese mundo de cosas en sí guarda con el significado una relación de ‘fundamento’ o de ‘referencia’”; (3) que se apele “a una subjetividad ‘trascendente o transhistórica’ para fundamentar la interpretación del significado del lenguaje”⁷. Así, Sevilla parece aceptar que las críticas a lo que es para él el “cientificismo objetivista” de alguna manera *probaron* que estaban equivocadas las tesis del realismo del objeto tal como se practicaban, digamos, a mediados del siglo XX. Tenemos, aquí, dos problemas de peso: (1) la afirmación –perfectamente correcta– de la existencia de un vínculo indisoluble, que se puede comprobar, entre pensamiento y lenguaje está muy lejos de apoyar la tesis metafísica de que el lenguaje sea el único elemento que incide en el proceso del pensamiento y del conocimiento (y, menos todavía, que lenguaje y conocimiento sean idénticos): a su tiempo verificaremos cómo se pasa ilegítimamente, en este particular, de algo razonable a lo que no es sino un reduccionismo; (2) en un plano más general de la epistemología, ninguna práctica filosófica o científica tiene cómo comprobar (o destruir) consensualmente la noción de que el mundo pueda ser conocido⁸: no por otra razón, los debates alrededor de este asunto vuelven incansablemente a producirse, en versiones renovadas, pero como variantes de posiciones bastante previsibles en el fondo, por lo menos desde el siglo XVII.

Hay, sin duda, cosas que pueden demostrablemente afirmarse sin caer en un equívoco tan básico –algo muy distinto de una comprobación consensualmente imposible, ya sea del realismo o del anti-realismo en epistemología: (1) numerosos intelectuales prefieren, actualmente, las posiciones epistemológicas que critican el realismo del objeto; (2) el pesimismo epistemológico postmoderno, tantas veces

⁷ SEVILLA, S., *Crítica, historia y política*, Madrid, Cátedra, 2000, p. 178.

⁸ BUNGE, M., *La investigación científica: Su estrategia y su filosofía*, (Trad. por Manuel Sacristán), Barcelona, Ariel, 1976, p. 320: “la ciencia factual no *prueba* la existencia del mundo externo, sino que *presupone* sin duda ninguna esta hipótesis filosófica”. Bunge trata en ese pasaje del realismo epistemológico, no del realismo ontológico.

considerado en el contexto de las discusiones universitarias recientes como si fuera predominante, probablemente no lo es, sin embargo: el así llamado “pensamiento único” (simbolizado por el *there is no alternative* de Margaret Thatcher), que en historia económica aparece hoy en día, por ejemplo, en lo que era para Karl Polanyi el “formalismo”, predomina entre los que gobiernan el mundo actual, y se trata de una posición que, en epistemología, cree firmemente en el realismo del objeto; (3) hace ya bastante tiempo, los que afirman el realismo del objeto suelen preferir la hipótesis filosófica de la cognoscibilidad limitada, más compatible con el estado de la ciencia desde las últimas décadas del siglo XIX que la hipótesis de una cognoscibilidad ilimitada. Esto conduce a un asunto adicional: hoy día no tiene sentido discutir sobre realismo *versus* anti-realismo, como si viviéramos en la época del marqués de Laplace (1749-1827). Y, sin embargo, los que afirman que “la verdad” no existe, que no hay “historia” sino “historias”, suponen en su razonamiento una versión de lo que sería “la verdadera verdad”, una suerte de verdad acabada, total y definitiva –exactamente para afirmar que no existe– que resulta anacrónica, añeja y extraña a la práctica científica desde hace ya mucho tiempo⁹.

2. UNA COMPROBACIÓN HISTORIOGRÁFICA EFECTIVA

Al plantearse algo sobre cómo trabajan los historiadores, es necesario solicitar que se apoye lo que fue dicho en una comprobación historiográfica efectiva, no bastando ni mucho menos afirmaciones apodícticas abstractas buscadas en algún filósofo o teórico favorito.

La pregunta principal que es necesario plantear respecto a las alegaciones postmodernas –o, de hecho, cualesquiera otras– sobre la disciplina histórica y su modo específico de generar conocimientos es, según creo: ¿corresponden a la realidad de cómo actúan profesionalmente los historiadores las reconstrucciones que declaran dar cuenta de ese proceso?

En la tipología postmoderna de las modalidades básicas de actitud metodológica en historia, pertenezco a la categoría de los historiadores “construccionistas”, que tratan de aplicar, en la medida de lo posible, un método hipotético-deductivo. Ahora bien, los postmodernos comparten habitualmente con los historiadores que denominan “reconstruccionistas” (aquellos induccionistas absolutos que creen que

⁹ La autocontradicción contenida en posiciones de ese tipo en cuanto a la verdad o la realidad se encuentra a mi entender excelentemente criticada en BOUVERESSE, J., *Le philosophe chez les autophages*, París, Éditions de Minuit, 1983, pp. 110-114.

no hay lugar en la disciplina histórica para la teoría, las hipótesis y la deducción, que serían ilegítimas por imponer elementos externos y, a lo mejor, anacrónicos a las fuentes) la creencia de que, al formularse hipótesis en investigaciones históricas, ellas resultan invariablemente comprobadas, lo que, si fuese verdad, transformaría el método que emplean los construccionistas en una farsa. Al tipo de crítica de los reconstruccionistas, los postmodernos (“deconstruccionistas”) agregan que, sea como fuere, previamente a la formulación de hipótesis, existe una “forma literaria” (o, si se prefiere la jerga de Foucault, unas “estructuras epistémicas”) que actúa desde antes de empezar la puesta en narrativa (*eployment*) del texto que redacta el historiador¹⁰. Esta última opinión no puede ser comprobada: no pasa de un postulado teórico en el que se puede creer o no, adoptar o no como punto de partida en la investigación. La primera, sí se puede tratar de verificar ¿Será correcto, entonces, afirmar que, en historia, aquellos que formulan hipótesis invariablemente las comprueban?

En 1986 redacté, después de ocho años de investigaciones con fuentes primarias y secundarias en bibliotecas y museos egiptológicos europeos y norteamericanos, una tesis sobre la economía del Egipto faraónico. Entre las hipótesis tomadas como punto de partida estaba la siguiente:

“El sistema económico de Egipto se basaba en la explotación de los productores directos por una clase dominante reducida, que se cristalizaba en el aparato del Estado (incluyendo los templos), mediante dos mecanismos básicos de tributación: (a) la *corvée* real (trabajo forzado para el Estado por tiempo limitado); (b) el impuesto *in natura*.”¹¹

Se puede notar que esta hipótesis se vinculaba a la teoría del “modo de producción asiático”, en la versión de la misma renovada en aquella época por el trabajo de dos marxistas italianos, discípulos de Sabatino Moscati y especialistas en el Oriente Cercano antiguo: Carlo Zaccagnini y Mario Liverani¹². Lo que pasó, sin embargo, fue que, al desarrollarse la investigación, el cotejo empírico de mi hipótesis reveló que era falsa. Más exactamente, las relaciones de producción y explotación de base “tributaria” que implica se pueden comprobar pero, sobre todo

¹⁰ Cf. MUNSLow, A., *Deconstructing history*, Londres-Nueva York, Routledge, 1997, pp. 86-87, 109, 153, 172-174.

¹¹ CARDOSO, C. F., *Uma interpretação das estruturas econômicas do Egipto faraônico*, Río de Janeiro, Universidade Federal do Río de Janeiro, 1986, p. 42.

¹² LIVERANI, M., «Il modo di produzione», en MOSCATI, S. (org.), *L'alba della civiltà*, Turín, UTET, 1976, 3 vols., II, pp. 3-126; ZACCAGNINI, C., «Modo di produzione asiatico e Vicino Oriente antico», *Dialoghi di Archeologia*, vol. III, 1981, pp. 3-65.

después de más o menos 2000 a. C., no eran ni de lejos el fundamento en que se asentaban las relaciones económicas egipcias principales en materia de trabajo. En la medida en que lo constaté, ¿qué hice? ¿seleccioné las fuentes que podrían apoyar mi hipótesis y olvidé las demás? ¡Naturalmente que no! Lo que hice fue, sencillamente, abandonar la hipótesis inadecuada y tratar de formular otras hipótesis que dieran cuenta de los datos que iban en contra de la primera. Sin embargo, mencioné en el texto la hipótesis derrumbada en la investigación, ya que me pareció útil señalar mi punto de partida y explicar por qué lo tuve que cambiar. Las hipótesis que sustituyeron a la que se reveló equivocada fueron las siguientes:

(1) “Las relaciones de producción variaron en el Egipto faraónico principalmente en función de la oferta global de trabajadores, a su vez vinculada con la agricultura irrigada y su éxito o fracaso, en periodos sucesivos, en asegurar una base sólida a la expansión demográfica. En las fases en que la disponibilidad de mano de obra se volvía inadecuada para una gestión directa de las unidades rurales, se difundía la explotación indirecta mediante la intensificación de la práctica de dar la tierra en alquiler. Al revés, al ser adecuada la disponibilidad de mano de obra a una gestión directa, ésta se volvía corriente. Ambos sistemas coexistieron siempre, sin embargo, en proporciones que no hay cómo cuantificar”.

(2) “Las lógicas complementarias del trabajo fijo, vinculado más *de facto* que *de jure* a la tierra, y de los grupos móviles de mano de obra, integrados tanto por trabajadores ligados permanentemente a tal sistema (esclavos del Estado) pero sujetos a asignaciones variables de trabajo, como por trabajadores convocados a la *corvéé* real por un tiempo limitado, constituyeron un factor permanente de las formas de trabajo en el Egipto antiguo”¹³.

Lo que valgan estas hipótesis heurísticas no es nuestro asunto en este texto. Se trata sencillamente de un ejemplo de que es falso afirmar que las hipótesis planteadas en historia “se verifican siempre”. En el caso indicado, la hipótesis que yo tenía al empezar fue sustituida por otras, radicalmente diferentes. El hecho de que las hipótesis puedan efectivamente cambiar o abandonarse en función del proceso mismo de la investigación permite poner en duda la opinión contraria –que no pasa de eso, una opinión, una afirmación apodíctica, no fundamentada habitualmente en análisis historiográficos detallados– acerca de cómo se da la relación entre el historiador y sus fuentes en el proceso de generar conocimientos en historia.

¹³ CARDOSO, C. F., *Uma interpretação...*, pp. 297-298.

El ejemplo que elegí por conocerlo bien, ya que se refiere a mi trabajo personal de investigación, no constituye una excepción. Siempre en el campo de las indagaciones alrededor de las “sociedades hidráulicas” y del modo de producción asiático, la hipótesis causal hidráulica, practicada por Marx y Engels y, más recientemente, por Karl Wittfogel, esto es, la noción de que en regiones semiáridas la necesidad de un control unificado del agua fue la causa por excelencia de que emergiera la centralización política, fue abandonada en la medida en que investigaciones históricas y arqueológicas –a veces emprendidas por personas que creían en la hipótesis causal hidráulica al empezar pero, honestamente, verificaron que no se correspondía con lo que descubrían (fue el caso de Ángel Palerm)–, llevadas a cabo en numerosas partes del mundo, demostraron que resultaba invariablemente desmentida por las investigaciones detalladas. Se hallaron, indudablemente, situaciones muy variadas en el tiempo y el espacio respecto a la relación entre el poder central, una vez que se constituyó por otras razones, y los poderes locales en lo relativo al control de la irrigación; pero en ningún caso se comprobó el lazo causal hipotetizado. Tampoco en esta situación, a nadie se le ocurrió ocultar los datos que se acumulaban en detrimento de la hipótesis mencionada con la finalidad de preservarla; y terminó por establecerse un consenso historiográfico muy amplio en contra de ella: no debido a alguna siniestra maniobra de un núcleo del poder, en sus manipulaciones dirigidas a controlar y eliminar un saber alternativo, sino por un convencimiento basado en los resultados de investigaciones adecuadamente conducidas (según métodos variables) que se acumulaban e iban básicamente en el mismo sentido¹⁴.

¹⁴ He aquí indicaciones bibliográficas selectivas sobre este asunto específico, los dos primeros títulos manifestando opiniones altamente favorables a la hipótesis causal hidráulica, los demás ilustrando cómo las investigaciones fueron conduciendo a su abandono: STEWARD, J. H. *et alii*, *Las civilizaciones antiguas del Viejo Mundo y de América: Symposium sobre las civilizaciones de regadío*, Washington, Unión Panamericana, 1955; WITTFOGEL, K. A., *Despotismo oriental: Estudio comparativo del poder totalitario*, (Trad. por Francisco Presedo), Madrid, Ediciones Guadarrama, 1966, pp. 29-40; ADAMS, R. McC., «The study of ancient Mesopotamian settlement patterns and the problem of urban origins», *Sumer*, 1969, vol. XXV, pp. 111-124; PALERM, Á. y WOLF, E., *Agricultura y civilización en Mesoamérica*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, p. 30; PALERM, Á., *Agricultura y sociedad en Mesoamérica*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, p. 178; OATES, D. y OATES, J., «Early irrigation agriculture in Mesopotamia», en SIEVEKING, G. de G. *et alii* (orgs.), *Problems in economic and social archaeology*, Londres, Duckworth, 1976, pp. 109-135; BUTZER, K. W., *Early hydraulic civilization in Egypt*, Chicago, The University of Chicago Press, 1976; CARDOSO, C. F. (org.), *Modo de produção asiático: Nova visita a um velho conceito*, Río de Janeiro, Campus, 1990, pp. 103-119; BRIANT, P., «L'État, la terre et l'eau entre Nil et Syr-Darya», *Annales. Histoire, Sciences sociales*, 2002, vol. LVII, n° 3, pp. 517-529 (y otros cuatro artículos incluidos en el mismo apartado monográfico de ese número de la revista).

Frente a afirmaciones de teóricos, extremadamente osadas pero muy mal sustentadas historiográficamente, sobre cómo actúan los historiadores y qué resultados podrían obtener, conviene preguntar en muchos casos: ¿qué pueden saber sobre cómo trabajan efectivamente los historiadores (ya sean “constructivistas” o “reconstructivistas”, para usar la jerga postmoderna) personas que en su casi totalidad vinieron de otros horizontes (estudios literarios o filosóficos con frecuencia), no fueron entrenadas como historiadores y en su vida jamás han hecho investigaciones históricas que no fuesen limitadas a una mera revisión historiográfica, aun así altamente selectiva y muy insuficiente en el campo que abarca? ¿qué valor se debe conceder a opiniones negativas tajantes sobre la labor de los historiadores que no estén acompañadas de una refutación detallada, sino basadas en meras afirmaciones de principio?

3. EVITAR Y DENUNCIAR LAS ARROGANCIAS METODOLÓGICAS

Deben evitarse y denunciarse las arrogancias metodológicas, cualesquiera sean sus signos.

Recuerdo que, al participar en la ciudad de México, en 1974, en un coloquio internacional sobre los modos de producción en la historia de América Latina, quedé muy espantado por algunos aspectos de la discusión allí desarrollada. Mi perplejidad tuvo que ver con dos elementos que pueden ayudar a explicar por qué el debate enconado sobre ese tema, muy vivo en diversos países de América Latina en las décadas de 1960 y 1970, acabó sin terminar, es decir, fue interrumpido después de años de discusión sin llegar a nada muy claro: (1) en la época, los conocimientos acumulados sobre los mecanismos económicos históricamente identificables en la historia de Latinoamérica presentaban lagunas enormes, volviendo muy difícil la elaboración de síntesis bien apoyadas; (2) muchos intelectuales marxistas latinoamericanos (no todos, ni los mejores, sin duda) participaban en el mencionado debate histórico sin manifestar un interés muy profundo en su tema –las sociedades latinoamericanas históricamente consideradas y su interpretación–, pareciendo más bien interesados en usar tal debate para preservar ciertas “líneas” políticas de la izquierda de entonces y atacar otras. Era también bastante impresionante, en la reunión internacional de 1974 que mencioné, observar que especialistas en la historia del siglo XIX o XX (a veces, historiadores muy estimables en sus áreas de investigación específicas) presentaron ponencias sobre formaciones coloniales que desconocían o sólo conocían de segunda mano. Parecía que haber leído a Marx, Engels y Lenin, o a Althusser, les daba credenciales suficientes como para poder discutir lo que se les ocurriera.

¡Vaya arrogancia! Mi reacción personal a esa experiencia de 1974 consistió en pasar varios años tratando de aclarar relaciones y mecanismos económicos concretos en cuanto a las sociedades que entonces me interesaban, rehuendo los debates hiperteorizados en cuyo contexto las fuentes, los datos y la investigación interesaban muy poco¹⁵.

Bastante arrogante, también, solía ser, en los grandes congresos mundiales de historia económica de la misma época, el modo de discutir propio de los cultivadores de la “cliometría”, en especial algunos de los miembros de la New Economic History. A mi entender, este tipo específico de arrogancia está todavía con nosotros y se ha intensificado aún más con las repercusiones de la crisis política internacional de 1989-1991 y el gran avance correspondiente, desde ese entonces, de las posiciones de derecha (neoliberales, neoconservadoras)¹⁶.

He aquí, por ejemplo, un pasaje de un artículo polémico del egiptólogo especializado en asuntos económicos David A. Warburton:

“Yo, entre otros, sencillamente no entiendo cómo puede argumentarse la existencia de una elección real entre Polanyi y la teoría moderna para el estudio del Egipto antiguo. En primer lugar, porque Polanyi no disponía de una teoría económica general. En segundo lugar, porque los supuestos teóricos de Polanyi no corresponden a los de sus seguidores, o a los de la realidad del Egipto antiguo. Y, en tercer lugar, porque el uso de la teoría de Polanyi jamás ha explicado cualquier fenómeno económico en el Egipto

¹⁵ CARDOSO, C. F., *O trabalho na América Latina colonial*, São Paulo, Editora Ática, 1985, pp. 71-72.

¹⁶ Defino como posiciones de derecha ante lo social las que creen que lo que existe es necesario y, por lo tanto, debe ser preservado o reformado sólo puntual y cuidadosamente; las posiciones de izquierda no perciben las sociedades humanas como datos, sino como variables, y creen en la posibilidad de su transformación radical en periodos no muy largos, preferentemente de una manera que garantice la ampliación del acceso social a la riqueza, el *status* y el poder. Ver sobre este asunto GONZÁLEZ CASANOVA, P., *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967; BOBBIO, N., *Direita e esquerda: Razões e significados de uma distinção política*, (Trad. por Marco Aurélio Nogueira), São Paulo, Editora da Universidade do Estado de São Paulo, 1995, en especial la respuesta del autor a sus críticos, pp. 7-25. Un buen resumen de variantes recientes de estas posiciones se halla en OUTHWAITE, W. y BOTTMORE, T. (orgs.), *Dicionário do pensamento social do século XX*, (Trad. por Álvaro Cabral y Eduardo Francisco Alves), Río de Janeiro, Jorge Zahar, 1996, pp. 526-531.

antiguo. Sin embargo, ya que las reseñas sugieren que este mensaje no fue recibido de verdad, voy a empezar de nuevo.”¹⁷

¡Resulta difícil ser más arrogante que esto! Sin duda, en un estilo cuyos fundamentos son todo lo contrario del que transluce en la argumentación escéptica postmoderna, y remiten a un positivismo bastante burdo, hasta el punto de la ingenuidad. Lo que el autor está diciendo implica: (1) la inexistencia de la teoría general que sus adversarios –los polanyianos o “substantivistas”– sin embargo creen tener; (2) que los polanyianos no conocen o no entienden a Polanyi (“los supuestos teóricos de Polanyi no corresponden a los de sus seguidores”), lo que se me figura un refinamiento exquisito de la arrogancia metodológica; (3) que los supuestos teóricos de Polanyi no corresponden a los de “la realidad” del Egipto faraónico: esto implica que Warburton sí conoce la única versión válida, posible, o definitiva de esa realidad; (4) que el uso de la teoría de Polanyi, exista o no como “teoría general”, es del todo inútil en la explicación de los fenómenos económicos que estudia la egiptología¹⁸. El final del pasaje está impregnado de una suerte de resignación paciente: puesto que el mensaje (que, según le parece, es sencillamente *la verdad*), expresado en otros escritos, no fue escuchado, bueno, volvamos a insistir, nos dice Warburton...

En esta perspectiva, no hay un conjunto de teorías entre las que se pueda elegir alguna: existen la verdad y su opuesto, la falsedad. Warburton “sencillamente no entiende” que le sea posible a alguien dejar de ser lo que Polanyi llamaba un “formalista”; o que uno ose creer que las teorías económicas creadas en los últimos siglos en función del capitalismo a lo mejor no son aplicables al mundo precapitalista o premoderno; aunque, contradictoriamente, admite que el debate a que se refiere es en parte el reflejo de “un divisor de aguas bastante más profundo

¹⁷ WARBURTON, D. A., «Economic thinking in egyptology», *Studien zur altägyptische Kultur*, 1998, vol. 26, p. 152.

¹⁸ Naturalmente, Warburton no está solo en su opinión de Polanyi; otros a los que el mismo Polanyi llamaría “formalistas” coinciden en eso. En una reseña de la tesis de Warburton, Christopher J. Eyre, aunque apoyando su crítica de las ideas de Polanyi, encuentra que su colega no ha ido lo suficientemente lejos en ese camino, por haber puntos en los que la perspectiva de Warburton “deja del todo de considerar la realidad... del comportamiento económico efectivamente existente”: EYRE, Ch. J., «David A. WARBURTON, *State and economy in ancient Egypt: fiscal vocabulary of the New Kingdom*. Orbis Biblicus et Orientalis 151, University Press Fribourg, and Bandenhoeck and Ruprecht Göttingen, 1997, 379 pp. ISBN 3-7278-1080-7 and 3-525-53787-5», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 1999, vol. 42, n° 4, p. 577. ¡Uno más que está seguro de conocer la versión única y definitiva de “la realidad” en materia de historia económica!

en el entendimiento de la historia humana”¹⁹. Este divisor de aguas, sin embargo, no hace más que separar un lado que está en lo cierto y otro que no podría estar más equivocado, según parece; y el autor que comentamos encuentra que esto debería resultar evidente para todos.

En realidad, la posición defendida por los “formalistas” en lo relativo a la aplicación de la teoría económica depende de: (1) una versión determinada de la “naturaleza humana”, sin la cual no se puede sostener una teoría económica históricamente universal alrededor de nociones como una elección individual en busca de recompensas definidas, utilidad o escasez: como cualquiera de las versiones de la “naturaleza humana”, el *homo oeconomicus* (totalmente racional en sus elecciones, totalmente informado y marcado por el principio del hedonismo) no pasa de ser un postulado teórico indemostrable, que se puede aceptar o no como principio explicativo (de hecho, en ciertos contextos puede resultar útil, pero no si se confunde con la realidad de una condición humana universal), y cuya pertinencia puede y debe discutirse muy legítimamente al tratarse de las sociedades premodernas²⁰; (2) ignorar que las definiciones de lo que sea “economía” o “económico” –términos altamente polisémicos, como ocurre prácticamente con todos los conceptos que utilizan las ciencias sociales–, muy lejos de constituir algo evidente por sí mismo (o porque lo afirmen economistas de esta o aquella escuela), son variables según las teorías e hipótesis que se elijan como punto de partida en la investigación²¹. Decirle a un historiador económico que está equivocado porque

¹⁹ WARBURTON, D. A., «Economic thinking in egyptology...», p. 152.

²⁰ He discutido recientemente este asunto de la “naturaleza humana” en sus diferentes acepciones e implicaciones: CARDOSO, C. F., «Natureza humana e História: um divisor de águas», *Liber Intellectus*, 2007, vol. I, n° 1, pp. 2-24.

²¹ Las consideraciones de Maurice Dobb acerca de las razones históricas de las transformaciones de la ciencia económica en la parte final del siglo XIX, aunque ya bastante antiguas, siguen siendo muy pertinentes, según creo: DOBB, M., *Introdução à economia*, (Trad. por Eduardo Salgueiro), Lisboa, Editorial Inquérito, s.d.: “La nueva Economía subjetiva sirvió... a un doble propósito. Dio una nueva justificación al orden burgués y explicó además, de una manera más convincente, una época que ya no creía en la ‘mano invisible’ [del mercado], ni en la ‘ley natural’. A la vez, con el análisis del precio del mercado, proporcionó una técnica adecuada a los problemas más pormenorizados, más microscópicos, con los que el capitalismo, en su plenitud, ocupaba cada vez más el espíritu de sus servidores. De hecho, esta apología incondicional del *laissez-faire* casi no pasa de una hábil prestidigitación. El corolario aparece como una consecuencia solamente porque las condiciones necesarias para basar el corolario estaban contenidas en la hipótesis de la cual se había partido” (p. 72). Aun así, Dobb – un marxista – no cede a la arrogancia que consistiría en afirmar que la ciencia económica contemporánea no llega a “verdades”. Lo que le parece es que son verdades parciales, histórica y socialmente condicionadas; y que los economistas “ya no se interesan por las preocupaciones de los economistas burgueses de cien años antes”, puesto que la ciencia económica difiere de la

tiene opiniones que le impiden creer en la universalidad histórica de lo que dicen los economistas a partir de un análisis del capitalismo contemporáneo se llama, sencillamente, argumento de autoridad: el recurso a este tipo de argumento indica que se quiere callar al adversario, y no, dialogar con él.

4. DENUNCIAR LOS RAZONAMIENTOS REDUCCIONISTAS

También deben denunciarse los razonamientos reduccionistas de todo tipo.

A mi entender, un problema central en los debates epistemológicos contemporáneos en historia, a partir de la década de 1960 sobre todo, consiste en una tendencia bastante fuerte al reduccionismo por parte de muchos teóricos: es muy frecuente que el punto de partida sea racional y válido; pero, a partir de este núcleo aceptable, se hacen inferencias excesivas e inaceptables –en el sentido de que exceden en mucho lo que sería razonable inferir, dadas las premisas de que se parte–, que llevan a alguna valoración exagerada de un elemento parcial que se plantea como si pudiera agotar una totalidad bastante más amplia y compleja.

Tomaré como primer ejemplo la relación indisoluble entre lenguaje y pensamiento (y, por consiguiente, conocimiento). Es válido afirmar tal relación, en contra de una visión dualista que consistiría en considerar al lenguaje y al pensamiento como fenómenos independientes. Sin embargo, creer en la dependencia e incluso la unidad orgánica de ambos no significa de ninguna manera confundirlos como algo idéntico y permutable: son elementos de una misma unidad, pero permanecen distintos. El pensamiento y el uso del lenguaje, al considerarse en los procesos del conocimiento y de la comunicación, deben encararse como dos elementos indisociables de una unidad: ninguno de ellos puede manifestarse independientemente en forma tajante, “pura”. Son, sin embargo, dos aspectos distintos de un mismo proceso; no son una cosa única. Su unidad no los identifica ni confunde; y su desarrollo muestra una autonomía relativa: por ejemplo, el elemento sonoro del lenguaje tiene sus propias leyes de evolución; y no se puede establecer una correlación simple entre cada modificación que ocurre en el lenguaje y cada cambio ocurrido en el pensamiento. Históricamente –considerándose la historia natural y aquella específicamente humana– su origen fue distinto, aunque *a posteriori* la evolución social humana los reunió en una

economía política que la precedió no sólo en ser más acabada y precisa, sino también en delimitar, para investigarlo, un campo mucho más reducido en cuanto a los aspectos y variables que cree que es pertinente considerar en los estudios económicos (pp. 72-87).

totalidad indisociable. Por la misma razón, al decir que el pensamiento humano es centralmente lingüístico y, por ello, abstracto y generalizante, no se está afirmando que la dimensión lingüística *agote* todo el contenido de los procesos del pensamiento y conocimiento: los elementos prelingüísticos –representaciones sensibles concretas y sus asociaciones–, por ejemplo, siguen actuando en tales procesos. Así, si es correcto afirmar la unidad del pensamiento y el lenguaje, es erróneo subsumirlos en una identidad²².

Otro aspecto de esta discusión es que, al afirmarse la unión necesaria e indisoluble, en los humanos, del pensamiento y del lenguaje, no resulta necesario, por la misma razón, aceptar el reduccionismo operado por la fonología estructural posterior en su interpretación del descubrimiento metodológico fundador de Ferdinand de Saussure:

“Lo que Saussure descubrió no fue la autonomía de la lengua respecto del sujeto y del contexto, sino más bien el modelo lingüístico como un intercambio dialéctico entre el sistema de la lengua, el sujeto hablante y el contexto histórico social. El sistema de la lengua resulta ser la base de la significación lingüística, pero ésta nunca es completa sin la aportación más o menos creadora del sujeto hablante y del contexto histórico-social en que se realiza”.²³

Que el sujeto no sea la fuente del sentido, sino solamente el ámbito en que se produce y manifiesta tal sentido es una conclusión reduccionista, arbitraria y excesiva, que la fonología estructural posterior sacó de la delimitación metodológica del campo de estudio efectuada por Saussure (que no tenía intención ontológica, ni era una declaración de principios).

Al tratarse de la relación entre lenguaje y realidad, la afirmación del papel activo del lenguaje en el proceso del conocimiento, que resulta perfectamente aceptable, no tiene ninguna razón de asociarse a otra –espuria– de que el lenguaje es un producto de una modalidad de la naturaleza humana abstracta, el *homo symbolicus* –algo que ocultaría su carácter de artefacto histórico-social, y cuya afirmación resulta del desvío ya mencionado que se operó en el hallazgo de Saussure. El lenguaje suscita, sin duda, una visión de la realidad, pero lo hace a lo largo de un proceso en que se imponen al individuo que piensa, mientras efectúa

²² SCHAFF, A., *Linguagem e conhecimento*, (Trad. por Manuel Reis), Coimbra, Almedina, 1974, pp. 141-212.

²³ RUBIO CARRACEDO, M., *El hombre y la ética: Humanismo crítico, desarrollo moral, constructivismo ético*, Barcelona, Anthropos-Editorial del Hombre, 1987, p. 17.

su aprehensión ontogenética del mundo, los modelos formados en el contexto de la experiencia filogenética de la especie humana, transmitidos por medio de la educación (que es necesariamente lingüística). El factor subjetivo en el conocimiento se asocia al hecho de ser el individuo humano, como lo es el mismo lenguaje, un producto histórico y social, una síntesis de las relaciones sociales²⁴.

Así, en el caso específico de la historia-disciplina, si alguien me viene a decir que, como lo quiere Hayden White, escribir historia no va más allá de imponer una forma narrativa, prefigurando de esta manera el campo como un objeto de percepción mental antes que cualquier otra operación pueda ocurrir, nada me obliga a estar de acuerdo con ello, ni con la opinión de que el modelo formal de White “ofrece la teoría más satisfactoria de cómo la narrativa histórica funciona para el historiador”²⁵. A mi entender, se trata, por el contrario, de una posición reduccionista resultante de un entendimiento unilateral y extremo de la relación entre lenguaje y conocimiento. La semiosis se halla en todas partes, sin duda; pero está muy lejos de *agotar* la realidad en que se percibe como elemento (sin duda, un elemento dotado de gran importancia). Decir que el signo está por doquier es aceptable; afirmar que sólo existe el signo es una tontería. Si alguien lo desea, puede definir al Partenón como un amasijo de piedras de mármol en mal estado. No estará mintiendo propiamente, pero sí proponiendo una definición altamente reduccionista, insatisfactoria y poco útil (por lo menos a un historiador) del monumento en cuestión, según creo.

Un segundo ejemplo de razonamiento reduccionista lo hallaremos en Roger Chartier. Al explicar por qué utiliza como lo hace el concepto de *representación colectiva*, afirma tener el mismo objetivo central que percibe en lo que emprende teóricamente Pierre Bourdieu: ir más allá, en las ciencias sociales y por lo tanto la historia, de la oposición entre “física social” y “fenomenología social”. Piensa Chartier que, en el pasado, los historiadores de *Annales* se involucraron en un falso debate alrededor de una distinción que se suponía universal entre estructuras objetivas (“física”) y representaciones subjetivas (“fenomenología”), lo que –en historia, en sociología, en antropología– conducía a separar radicalmente los enfoques estructuralista y fenomenológico, el primero concentrándose en la identificación de las posiciones de las clases sociales y las relaciones entre ellas, el otro enfatizando el análisis de los valores y el comportamiento de comunidades menores. Según Chartier, la manera de superar el divorcio entre esas perspectivas sería ocuparse de “los patrones de los que emergen los sistemas clasificatorios y

²⁴ SCHAFF, A., *op. cit.*, pp. 213-268.

²⁵ MUNSLOW, A., *op. cit.*, p. 153.

perceptivos” como “instituciones sociales” –instituciones, éstas, “que incorporan las divisiones de la organización social en la forma de representaciones colectivas”²⁶. Al asumir esta noción, el historiador francés estaba adoptando, legítimamente, una posición metodológica que tenía sentido desde una perspectiva determinada del objeto, al postular, por ejemplo, que deberían evitarse los intentos de establecer relaciones entre, de una parte, las diferencias percibidas en los hábitos culturales y, de otra, las distinciones sociales definidas *a priori*. Su crítica a formas de trabajar usadas en el pasado por otros historiadores se destinaba, sin duda, a servir de base a nuevos enfoques y nuevas hipótesis heurísticas y tenía, también indudablemente, la posibilidad de generarlas. Sin embargo, de la opinión de que hablamos antes Chartier derivó el corolario siguiente: las representaciones sociales son “matrices que dan forma a las prácticas de que está construido el mismo mundo social”²⁷. Ahora bien, este corolario, aunque precedido y seguido de sendas citas de Pierre Bourdieu, Marcel Mauss y Émile Durkheim, excedía en mucho lo que se podría deducir legítimamente de los textos citados de esos autores: de hecho, no hacía más que retomar la posición reduccionista, en cuanto a este asunto, presente en textos redactados por Chartier en 1982 y 1985. Conviene notar que, posteriormente, el autor rebajó considerablemente el carácter radical –reduccionista– de su “corolario”²⁸.

También en otros autores integrantes de lo que se llama la nueva historia cultural, la elección metodológica de centrarse en la noción de “representaciones colectivas” pudo conducir, a veces, a unilateralidades y reduccionismos.

Los enfoques de los seres humanos en sociedad siempre oscilaron entre privilegiar el ángulo material y de las acciones que los hombres efectivamente realizan, o por el contrario, darle una importancia mayor al ángulo mental. En el

²⁶ CHARTIER, R., «The world as representation (1989)», en REVEL, J. y HUNT, L. (orgs.), *Histories: French constructions of the past*, (Trad. por Arthur Goldhammer), Nueva York, The New Press, 1995, p. 551.

²⁷ ID., *ibid.*, p. 552.

²⁸ CHARTIER, R., «La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas», en OLÁBARRI, I. y CAPISTEGUI, F. J. (orgs.), *La “nueva” historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdiscipliniedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, pp. 19-33: en este texto afirmaba Chartier que el concepto de representación colectiva permite designar y enlazar tres realidades, siendo la primera “las representaciones colectivas que incorporan en los individuos las divisiones del mundo social y que organizan los esquemas de percepción y de apreciación a partir de los cuales las personas clasifican, juzgan y actúan” (p. 29): en esta formulación, el “mundo social” (con sus divisiones) y las “representaciones colectivas” entran en relación, pero se muestran como entidades distintas, no apareciendo el primero como algo construido por las representaciones.

primer caso, se subraya todo aquello que cada sujeto individual o colectivo ya encuentra delante suyo en la sociedad en la que viene a existir (los objetos, la lengua, la división del trabajo; en resumen, lo que determina el marco instrumental de su acción), como también las acciones mismas, individuales o colectivas, las prácticas mediante las cuales tal sujeto participa en el mantenimiento, la reproducción y la reinención permanentes de lo social. Esta elección acostumbra acompañarse, aunque no de forma obligatoria, de la preferencia por un enfoque analítico y explicativo, de una perspectiva holística ante lo social, a veces de la convicción de que se debería adoptar una perspectiva científica de lo social. Si la preferencia recae en el ángulo mental, se percibirán centralmente cosas como la subjetividad, las vivencias, la religión, las ideologías, los sistemas simbólicos; lo que es pensado, pero también lo impensado social (sueños, mitos, el inconsciente o no-consciente colectivo). En este caso es frecuente, aunque no forzoso, que las preferencias metodológicas se dirijan a enfoques que partan de la comprensión y la interpretación (hermenéutica), al postularse los valores, las significaciones que es necesario descifrar, la subjetividad individual o colectiva, como aspectos no sólo esenciales para que se pueda estudiar a los seres humanos, sino también fundadores de una diferencia entre las disciplinas humanas y las ciencias de la naturaleza. En este contexto, es difícil que se prefiera un enfoque holístico.

Los objetos a los que ambos ángulos de enfoque se aplican están vinculados entre sí de forma inseparable o, por lo menos, muy íntima. En principio, pocos negarían tal vínculo. Pero no cabe duda de que la preferencia por privilegiar uno de los enfoques existe con mucha mayor frecuencia de lo que ocurre con el intento (extremadamente difícil) de emplearlos simultáneamente para obtener una síntesis globalizadora. En teoría sería muy difícil negar el carácter inseparable de lo material y de lo mental en los asuntos humanos. Ninguna acción individual o colectiva se puede ejercer sin estar referida a la vez a un proyecto, o a una ideología, o a un mito, etc., que esté presente en la sociedad de que se trate. Una institución cualquiera –iglesia, escuela, tribunal– se caracteriza tanto por los gestos y prácticas materiales ritualizados que exige como por las representaciones que supone. El sociólogo Claude Javeau escribió que una sociedad, mientras es “actuada” por sus integrantes (y, recíprocamente, mientras actúa sobre ellos) es a la vez pensada e imaginada por sus miembros. Es imposible seguir defendiendo en la actualidad una dicotomía radical entre lo material y lo ideal. Y la dialéctica de lo material y lo mental tiene, en su centro, el lenguaje como *locus* potencialmente estratégico para la investigación, ya que contiene tanto acción como representación, lo que permite que se plantee, mejor que en lo relativo a cualquier otro elemento de lo social, las relaciones entre las ideas y las acciones en la conciencia social. Sin embargo, aun cuando la ampliación de los enfoques derivados de la

lingüística y la semiótica fueron percibidos por algunos (entre ellos Claude Lévi-Strauss) como una posibilidad de extender un puente entre las perspectivas unilaterales de lo social de las que se habló, en la práctica, en función del surgimiento y consolidación de las tendencias postestructuralistas y postmodernas, tales enfoques terminaron por ser usados como argumentos unilaterales por los partidarios de la concentración de la atención en los aspectos “mentales” (en la actualidad con mucha frecuencia llamados “culturales”, en un recorte unilateral de la cultura entendida como comprensiva sólo de lo “simbólico”)²⁹.

Tomaré como ejemplo, en lo relativo a la llamada nueva historia cultural, un artículo metodológico de Antoine Prost.

El autor declara sin ambigüedad que la concentración de la nueva historia cultural de corte francés en la noción de representaciones colectivas la conduce “a privilegiar ciertos objetos de estudio”: la atención mayor se concentra en “las producciones simbólicas del grupo, y en principio en sus discursos”³⁰. Vemos, entonces, que estamos en uno de los polos unilaterales habituales en el enfoque de lo social, aquel que concede la preferencia a lo mental. Ahora bien, en la opinión de Prost, la nueva historia cultural “aspira a reemplazar la historia total de ayer” y, para lograr tal *desideratum* y así transformarse en “la historia del mañana”, elige un objetivo amplio, y por consiguiente “se convierte en una historia de las representaciones colectivas”³¹. Desde entonces, pesa sobre ella una amenaza. Una concentración exagerada en las representaciones conlleva un riesgo filosófico considerable, que no ignora Prost: el de las consecuencias del “representacionalismo radical”, la concepción que afirma que el conocimiento humano no pasa de un conjunto de ideas o representaciones. Esta es una actitud que, adoptada por Nicolás Malebranche y John Locke, aunque de maneras distintas, no tardó, en el siglo XVII y el inicio del siguiente, en sufrir la crítica severa de autores como Antoine Arnauld, Simon Foucher y George Berkeley, quienes percibieron la aporía central presente en el representacionalismo estricto. Haciéndoles eco, Antoine Prost reconoce que “es imposible comprender una representación sin saber de qué

²⁹ JAVEAU, C., *Leçons de sociologie*, apud ROBERT, A. y BOUILLAGUET, A., *L'analyse de contenu*, París, Presses Universitaires de France, 1997, p. 44; GODELIER, M., *L'idéal et le matériel: Pensées, économies, sociétés*, París, Fayard, 1984; LÉVI-STRAUSS, C., *El pensamiento salvaje*, (Trad. por Francisco González Aramburo), México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 193.

³⁰ PROST, A., «Social y cultural indisociablemente», en RIOUX, J.-P. y SIRINELLI, J.-F., *Para una historia cultural*, (Trad. del francés sin especificar el traductor), México, Taurus, 1999, p. 146.

³¹ ID., *ibid.*, p. 142.

es representación, bajo pena de naufragar en el nominalismo”³². *Horribile dictu!* Pero, ¿cómo escapar a un destino tan terrible? La solución de Prost consiste en ver la nueva historia cultural como una culminación de la investigación, suponiendo investigaciones precedentes que, según parece, proporcionarían elementos capaces de indicar de qué son representaciones aquéllas con las que trabajan los historiadores de la cultura³³. A la vez, sin embargo, hemos verificado que, para Prost, la nueva historia cultural se presenta como una alternativa que quiere “reemplazar” la historia que creía en lo holístico y en el realismo del objeto. Si lo logra, ¿de dónde podrían entonces provenir los elementos capaces de impedir aquella caída en el nominalismo? El artículo contiene, por lo tanto, planteamientos que se contradicen. Y la contradicción proviene del reduccionismo: parecería que no basta con hacer una historia centrada en las representaciones sociales; los que la hacen desearían que fuera reconocida como la única forma válida de hacer historia, “la historia de mañana, la más adecuada a un tiempo más desencantado y más narcisista”³⁴. Y bueno, como dicen los de lengua inglesa, ¿no es posible tener un pastel y simultáneamente comerlo!

5. POR UN PLANTEAMIENTO CLARO DE LOS CONCEPTOS

¡Basta ya de ingenuidad epistemológica!: por el planteamiento claro de los conceptos y supuestos que se emplean en las investigaciones históricas.

Hay diversas razones por las cuales sería algo muy positivo que los historiadores abandonaran su tradicional renuencia a la discusión teórico-metodológica y pasaran a explicitar los conceptos y presupuestos con que trabajan, aunque la realización de algo así probablemente exigiría introducir modificaciones en su formación profesional, para que pudiesen adquirir las competencias necesarias. La razón más sencilla es probablemente aumentar la intersubjetividad entre los practicantes de la disciplina mediante una clarificación sistemática del vocabulario y de los conceptos que se emplean, esperada por los colegas y a lo mejor exigida por los directores de tesis (lo que desdichadamente no pasa siempre), en los textos que presentan resultados de investigaciones. A diferencia de las ciencias naturales, un mismo lenguaje le sirve al historiador para hablar a los especialistas y al público en general. Marc Bloch creía que, con el tiempo y mediante debates internacionales en los que él participaba siempre que le era posible, la historia constituiría

³² ID., *ibid.*, p. 154.

³³ ID., *ibid.*, p. 154.

³⁴ ID., *ibid.*, p. 139.

para su mismo uso un sistema propio de signos; y encontraba que ello sería necesario para que se convirtiese en una disciplina científica³⁵. Una expectativa análoga ha sido expresada en su momento por los partidarios de la investigación interdisciplinar, con pocos resultados concretos. Se puede decir que se trata de una esperanza muy poco difundida en la actualidad; ignoramos si volverá a reconocerse como un problema válido, pero no parece ser un asunto para el futuro cercano. En tales condiciones, en la medida misma en que quien escribe historia utiliza en sus escritos el lenguaje ordinario, su vocabulario es necesariamente ambiguo, polisémico. No por casualidad, cuando un concepto o noción asume alguna notoriedad en el debate en el ámbito de las ciencias humanas y de la historia, tienden a aparecer libros volcados a inventariar o explicar su polisemia. Así pasó a su tiempo con “estructura”, y pasa hoy en día (como ya ocurrió también en otras ocasiones) con “cultura” y con “representación”, por ejemplo³⁶. Y con frecuencia, los autores de estos libros suelen llamar la atención, con razón, del peligro que se encierra en usar los términos de moda como si fueran autoexplicativos, o dotados de algún poder mágico³⁷. Pasado un nivel muy alto de polisemia, lo ideal sería abandonar una palabra tan ambigua, pero los hábitos disciplinares lo hacen prácticamente imposible. Queda, entonces, la posibilidad de que cada autor clarifique de antemano qué sentido atribuye a conceptos así. En ciertos casos, esta precaución evitaría verdaderos diálogos de sordos: la polisemia puede llegar a tal grado que, al debatir entre sí, dos especialistas pueden pensar que se refieren a los mismos objetos cuando, de hecho, usan sin duda los mismos términos, pero atribuyéndoles significaciones conceptuales sin puntos en común. Un buen ejemplo puede ser el término “intercambio”, manejado respectivamente por un seguidor de Polanyi y por un historiador de la economía denominado, en el vocabulario polanyiano, “formalista”: la palabra intercambio sería común a ambos, pero se la estarían atribuyendo dos sentidos incompatibles.

³⁵ NOIRIEL, G., *Sobre la crisis de la historia*, (Trad. por Vicente Gómez Ibáñez), Madrid, Ediciones Cátedra, 1997, pp. 87-89, 309.

³⁶ BOUDON, R., *A quoi sert la notion de “structure”? Essai sur la signification de la notion de structure dans les sciences humaines*, París, Gallimard, 1968; CUCHE, D., *La notion de culture dans les sciences sociales*, París, La Découverte, 1996; CARDOSO, C. F. y MALERBA, J. (orgs.), *Representações...*. En el caso de la “cultura”, es interesante recordar que, ya en 1952, se hallaron 164 acepciones distintas de este vocablo y de su casi sinónimo “civilización”: KROEBER, A. y KLUCKHOHN, C., *Culture: A critical review of concept and definitions*, Cambridge (Mass.), Peabody Museum, 1952.

³⁷ Sobre este problema, en el caso del término “cultura”, ver KUPER, A., *Culture: The anthropologists’ account*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1999, pp. X-XI.

Una segunda razón que debería conducir a un interés más intenso de los historiadores por clarificar sus presupuestos y conceptos es que, a partir de fines de la década de 1960, los debates sobre “qué es la historia” y “qué hacen los historiadores” se han vuelto crecientemente epistemológicos y, más en general, filosóficos. Ahora bien, por el hecho mismo de que, en su mayoría, los historiadores profesionales estén poco preparados para un debate de ese tipo,

“introduciendo en la reflexión interna de la disciplina estas interminables disputas, los historiadores-epistemólogos no han hecho sino agravar los problemas que querían solventar, acelerando el proceso de atomización de la historia. Pero también han favorecido ampliamente el proceso que ha conducido a muchos historiadores a asumir la imagen desvalorizada de su disciplina que han forjado los filósofos”³⁸.

Esto resulta grave, sobre todo porque, como he intentado mostrar en este texto, con gran frecuencia las bases epistemológicas en que los teóricos se apoyaron para lanzar sus ataques eran extremadamente frágiles, llenas de inferencias ilegítimas o conteniendo reduccionismos increíbles, presentando una ausencia casi sistemática de una verdadera refutación de lo que se criticaba. Los historiadores profesionales, blanco frecuente de los ataques en cuestión, hubieran podido defenderse mejor de estar más acostumbrados a los debates epistemológicos.

En mi área de actuación más frecuente en los últimos tiempos, la Historia Antigua, Moses I. Finley, un historiador muy justamente famoso, ha sido un gran defensor del proceso metodológico de la explicitación de las hipótesis heurísticas en historia (y no únicamente en Historia Antigua) por medio de la construcción de “modelos no matemáticos”. En su tiempo, Witold Kula había intentado lo mismo. Ambos autores son convincentes en la defensa de ese método. En palabras de Finley, por ejemplo:

“Es propio de la naturaleza de los modelos que estén sujetos constantemente a ajuste, corrección, modificación o total substitución. Los modelos no-matemáticos tienen pocos límites, o ninguno, a su utilidad. (...) no hay virtualmente nada que no pueda ser conceptualizado y analizado por medio de modelos no-matemáticos: religión e ideología, instituciones e ideas económicas, el Estado y la política, simples descripciones y secuencias de desarrollo. El recelo familiar de estar imponiendo construcciones *a priori* es

³⁸ NOIRIEL, G., *op. cit.*, pp. 113-114. En la conclusión de su libro, Noiriél escribe con bastante razón que el debate sobre la “crisis de la historia” ha sido de hecho una de las causas de esta “crisis” (p. 313).

falso: cualesquiera hipótesis pueden ser cambiadas, ajustadas o descartadas cuando sea necesario. Sin hipótesis, sin embargo, no puede haber explicaciones”³⁹.

Finley era consciente de que, con la excepción de los historiadores de la economía, muy pocos historiadores de la Antigüedad empleaban modelos hipotéticos explícitos⁴⁰. Creo que se puede afirmar lo mismo respecto de los historiadores en general. Es cierto también que la posición teórica y metodológica de algunos historiadores les impide plantear hipótesis. A todos, sin embargo, de diferentes maneras, les sería posible hacer explícitos sus presupuestos y cómo trabajan. Quiero creer que, de hacerlo, los debates metodológicos en el interior de nuestra disciplina se volverían mucho más claros y provechosos. Sea como fuere, después de varias décadas de incursiones epistemológicas emprendidas por teóricos de diversos matices, lo que me parece difícil es mantener la “inocencia epistemológica” en historia. Puede ser cierto que, en el caso de algunos historiadores, la imprecisión en cuanto a los conceptos y procedimientos utilizados sea una suerte de estrategia voluntaria⁴¹; pero, de ser así, ciertamente se trata de un expediente ilegítimo.

³⁹ FINLEY, M. I., *Ancient history: Evidence and models*, Londres, Chatto & Windus, 1985, p. 66. Ver también KULA, W., *Theorie économique du système féodal: Pour un modèle de l'économie polonaise 16e-18e siècles*, Paris-La Haya, Mouton, 1970, pp. 127-146.

⁴⁰ FINLEY, M. I., *ibid.*, p. 61.

⁴¹ FALCON, F. J. C., *op. cit.*, p. 52.